

KOTHNER.—¿Hans Schwarz?

SCHWARZ.—¡Por fin!... Dios lo quiso. (*Siéntase.*)

KOTHNER.—El número está completo. Vamos á empezar por la elección de juez.

VOGELGESANG.—Es preferible dejarlo para después de la fiesta.

BECKMESSER.—Si estos señores llevan prisa, estoy dispuesto á cederles mi sitio y cargo.

POGNER.—Dejemos eso ahora. Pido la palabra para un asunto muy grave.

(*Los maestros se levantan y se sientan otra vez.*)

KOTHNER.—El maestro Pogner tiene la palabra.

POGNER.—Oídmeme. Como ya sabéis, mañana celebramos todos con juegos y bailes la hermosa fiesta de san Juan, y damos al olvido las penas, cada cual á su modo. Los mismos maestros abandonan la escuela, y salen alegremente al campo donde el pueblo escucha nuestras armonías. Luégo, se celebra un certamen, y el canto que obtiene el premio es conocido y alabado en todo el país. Ahora bien; Dios me hizo rico, y como cada cual ofrece lo que tiene, mucho me ha dado qué pensar, qué premio podría ofrecer verdaderamente digno de mí. Á menudo me ha lastimado oír en mis viajes por toda Alemania, que el ciudadano alemán suele ser avaro y reservado, atento sólo á atesorar, y sin que se le importe un comino que nosotros seamos los únicos en todo el imperio un poco aficionados al arte. Como esto, señores, nos honra y demuestra cuánto estimamos la belleza y la bondad, quiero dar de ello ejemplo al mundo. Sabed, pues, que yo, Veit Pogner Vuremberg, como aficionado al arte, ofrezco en premio al mejor cantor en el certamen de la fiesta de san Juan, á mi única hija Eva, con todo lo que poseo.

LOS MAESTROS (*entusiasmados*).—¡Esto es palabra! ¡Una palabra basta! Lo que acabáis de decir demues-

tra de lo que es capaz un ciudadano de Nuremberg. Por ello seréis llamado en todos los países el bravo ciudadano Veit Pogner.

LOS APRENDICES (*saltando alegremente*).—¡Viva Pogner!

VOGELGESANG.—¡Á quien no le gustaría ser soltero!

SACHS.—¡Si sería uno capaz de divorciarse!

NACHTIGALL.—¡Adelante, jóvenes!

POGNER.—Pero conste una cosa, señores. Como yo no prometí un premio inanimado, la niña forzosamente ha de tomar parte en nuestras decisiones. El premio confiere el título de maestro, pero como aquí se trata además de un matrimonio, la novia ha de dar su consentimiento.

BECKMESSER (*á Kothner*).—¿Considera V. prudente eso?

KOTHNER.—Si bien lo entiendo, en último lugar tenemos que someternos á la elección de la muchacha.

BECKMESSER.—Lo cual me parece peligroso.

KOTHNER.—¿Cómo será libre el fallo de los maestros?

BECKMESSER.—Lo mejor es que la muchacha elija el novio según le parezca, y sigamos dando el premio por oposición.

POGNER.—¡Cómo! Entendedme bien. Lo que yo quiero es que vosotros concedáis el premio, pero que la muchacha se reserve la libertad de elegir ó no por marido, al que lo alcanzare, en la inteligencia que no podrá elegir otro novio, como no sea maestro. En una palabra; sólo será su novio quien haya conseguido un premio.

SACHS.—Permítame V. Me parece que en esto no va V. muy acertado. El corazón de una niña y el amor al arte del maestro no van por el mismo camino. La inteligencia inculta de la mujer corre parejas con la del pueblo. Si, en última instancia, dejáis la elección

á la mujer y queréis honrar al arte, ¿por qué no dejársela también al pueblo, de acuerdo con la niña?

LOS MAESTROS (*con inquietud, entre sí*).—¡Oh, si esto fuese así, adiós arte, adiós armonía!

NACHTIGALL.—No, Sachs, no, esto sería un disparate; ¡dejar que el pueblo juzgue!

SACHS.—Comprendedme bien. Harto sabéis que no desconozco las reglas del arte, y yo mismo he sostenido varias veces el riguroso cumplimiento de *la tabladora*, pero digo y repito que, una vez al año siquiera, no juzgaría inconveniente salir de la rutina y la costumbre, con tal que no perdiesen las reglas su fuerza y vitalidad. La intervención del pueblo daría sin duda por resultado la seguridad de que no nos alejamos del camino de la naturaleza.

(*Los aprendices se frotan las manos.*)

BECKMESSER.—¡Cómo se alegran los muchachos!

SACHS (*continuando con animación*).—No creo que nunca hubiera lugar á arrepentiros si, una vez al año siquiera, por la fiesta de san Juan, en vez de atraer al pueblo hacia vosotros, como soléis hacer, descendierais de vuestra altura de maestros para ir vosotros hacia él. ¿Qué nos proponemos? Agradar al pueblo. Pues bien; preguntémosle una vez siquiera, si le agradamos. Con esto el arte y el pueblo florecerían y crecerían de consuno. Esta es mi opinión.

VOGELGESANG.—No me parece desacertada.

KOTHNER.—Á mí me parece lo contrario.

NACHTIGALL.—¿Y si habla el pueblo y me sella la boca?

KOTHNER.—El arte está amenazado de ignominia y decadencia no bien busca el aplauso del pueblo.

BECKMESSER.—Mucho hizo en este sentido, quien habla aquí tan recio; sus mejores obras son jácaras y coplas callejeras.

POGNER.—Amigo Sachs; lo que propongo ya es nuevo, y basta para esta vez. No es posible hacerlo todo

de un golpe. Preguntad, pues, á los maestros, si les conviene el premio con la indicada condición.

(*Los Maestros se levantan.*)

SACHS.—Entonces, para mí basta que la niña se reserve el voto decisivo.

BECKMESSER.—(Ese zapatero me encocora.)

KOTHNER.—¿Y á quién se propone para la competencia? Habrá de ser soltero.

BECKMESSER.—O viudo también. Pregúntelo V. á Sachs.

SACHS.—Esto no, señor juez. Si la niña ha de conceder el premio, el aspirante ha de ser más joven que usted y que yo.

BECKMESSER.—¡También más joven que yo? Grosero.

KOTHNER.—El que desee concurrir que se presente. ¿Hay alguien que lo haya solicitado?

POGNER.—Sí; os recomiendo á un joven caballero que desea ser admitido al concurso. Acérquese, señor Stolzing. (*Walther se adelanta y saluda.*)

BECKMESSER.—(Ya lo sospechaba.) Vamos, maestros, que es tarde.

LOS MAESTROS (*entre sí*).—El caso es nuevo. ¡Cómo! ¡Un caballero! ¿Habrá peligro en admitirle?... Pero siempre las palabras del maestro Pogner son una garantía.

KOTHNER.—Para recibir al caballero con la formalidad debida, hay que examinarle bien antes.

POGNER.—En buen hora sea. No he de faltar á la regla.

KOTHNER.—Díganos primero el hidalgo si proviene de honrado y libre abolengo.

POGNER.—Esta pregunta es inútil, porque yo salgo garante de ello. Por cartas y documentos, respondo que este caballero es Walther Stolzing de Franconia, el último de su familia, quien se ha venido á Nuremberg á hacerse ciudadano.

BECKMESSER (*al vecino*).—Nobleza de nuevo cuño. ¡Mala yerba! Eso no va bien.

NACHTIGALL (*en voz alta*).—La palabra del amigo Pogner es buena garantía.

SACHS.—De mucho tiempo acá, los maestros han dejado de distinguir entre nobles y plebeyos. Aquí se trata sólo del arte.

KOTHNER.—Pues paso á preguntarle. ¿Cuál ha sido su maestro de V.?

WALTHER.—Cuando vivía en mi tranquilo hogar, encerrado en el castillo que rodeaba la nieve, me dió mi maestro, como herencia de un antepasado, un libro que hablaba de la sonrisa de la primavera y su próxima resurrección. Este maestro se llamaba Walther de Vogelweide.

SACHS.—¡Gran maestro!

BECKMESSER.—Pero si murió hace tiempo; ¿cómo pudo enseñarle el arte?

KOTHNER.—Díganos V. la escuela á que pertenece.

WALTHER.—Cuando llegaba el deshielo, y se templaba el aire, sentía resonar en los bosques y en la pradera de los pájaros lo que aquel libro me había enseñado; allí aprendí á cantar.

BECKMESSER.—Según esto los verderones y jilgueros le dieron lecciones de canto; no es gran cosa.

VOLGELGESANG.—Puede aquí se sacan bonitos versos.

BECKMESSER.—¡Cómo!... ¡Usted le aprueba que su maestro haya sido un pájaro!

KOTHNER.—¿Qué os parece?... ¿Debo continuar examinándole?

SACHS.—¡Ya veremos!... Si prueba que sabe cantar, ¿qué importa dónde lo aprendió?

KOTHNER.—Caballero; si V. se considera lo bastante instruído en el arte y quiere entrar en el gremio, componga una composición original, letra y música; pruébelo ahora mismo.

WALTHER.—Cuánto me enseñó el libro, de la noche de invierno, con su belleza, del bosque y las selvas, con su pompa, del trotar de los caballos de guerra, y las vueltas de la regocijada danza; cuánto me hacen sentir para expresarlo en un canto, esto he de reunir en una sola obra.

BECKMESSER.—Observan Vds. ¡qué énfasis!

VOLGELGESANG.—¡Cómo se atreve!

NACHTIGALL.—¡Caso extraño!

KOTHNER.—Vamos a ver; elija V. un asunto sagrado.

WALTHER.—Lo sagrado para mí es el impulso del amor; ¡mi esperanza!... ¡mi alivio!

KOTHNER.—Esto no basta... ¡Maestro Beckmesser vais á encerraros!

BECKMESSER (*levantándose y dirigiéndose al encerado*).—¡Ingrato cargo el mío! algún disgusto me va á costar. Caballero: Sixto Beckmesser será su juez y va á cumplir su deber junto al encerado, donde apuntará cada falta; si pasan estas de siete, habrá V. perdido. Prometo escuchar á V. con toda atención, mas para que no pierda V. ánimo y no se distraiga, me esconderé. ¡Mucha suerte!

(*Se esconde detrás de la tarima con cortinajes, después de haber saludado á Walther, medio por cortesía y medio por chanza, y corre la cortina.*)

KOTHNER (*descolgando de la pared una tablilla, que contiene las «Leges tabulaturæ»*).—Ahí tiene V. lo que debe servirle de norma. (*Leyendo.*) «La letra de cada canto de maestro debe ofrecer un conjunto regular y armónico, compuesto de diversas estrofas, sin la menor incorrección.—La estrofa consiste en dos versos con el mismo ritmo y consonante.—La estrofa final se compondrá de varios versos con ritmo diferente de los anteriores.—Así debe estar compuesta la obra.—El autor de un nuevo canto, que no contenga más de cuatro

silabas de las que figuran en otros, éste ganará el premio.» Ahora siéntese V. en la silla del cantor.

WALTHER.—¿ En esta silla ?

KOTHNER.—Esta es la costumbre de la escuela.

WALTHER (*sentándose, contrariado*).—¡ Por mi amor lo hago !

KOTHNER (*en alta voz*).—El cantor está ya sentado.

BECKMESSER (*desde su escondite con voz chillona*).—Empiece ya.

WALTHER (*pausa*).—¡ Empiece ya !... « Asi decía la primavera á través de las selvas ; repitiólo el eco con fuerza y extendióse el grito en torno, y sonó luégo un ruido, que fué creciendo, como murmullo de muchas voces que resonaban en el bosque, muy suaves y gratas, y como nota dominante se acercaban. Semejante al sonido de las campanas, se oye la alegre multitud, á cuyo llamamiento contesta el bosque, renacido á nueva vida ; su canto es el canto de la primavera. (*Suenan dentro varios suspiros de impaciencia, Walther lo observa y continúa, aunque turbado.*) Vencido el invierno corre á esconderse entre las zarzas, rodeado de hojas secas, devorado por la tristeza y la envidia. Puesto en acecho escucha y espía el momento en que podrá estorbar el regocijado canto ; (*levantándose con impaciencia de la silla,*) era el grito de mi pecho, cuando ignoraba todavía lo que era amor. Conmovido como al despertar de un sueño, latió mi corazón, circuló mi sangre con nueva y poderosa fuerza desconocida hasta entonces para mí y mis suspiros se levantaron como un mar tempestuoso. Mi pecho contesta con júbilo á este llamamiento de una nueva vida. Entonad el canto del amor.

BECKMESSER (*con creciente impaciencia, tira la cortina*).—¿ Ha concluído ?...

WALTHER.—¿ Qué dice V. ?...

BECKMESSER (*mostrándole la pizarra cubierta de borrones*).—Llena está. (*Los maestros se rien.*)

WALTHER.—Escuchad. Empieza ahora el canto en elogio de la mujer.

BECKMESSER (*abandonando el sitio*).—Cante V. lo que quiera, que por de pronto ya ha perdido V. Maestros, vean Vds. eso ; en mi vida oí cosa semejante ni había de creerlo aunque lo jurarais.

(*Los maestros se levantan.*)

WALTHER.—¿ Permitiréis que me interrumpa ?... nadie quiere oirme.

POGNER.—Una palabra, señor Juez. ¿ Está V. irri-tado ?

BECKMESSER.—Ocupe mi lugar quien le dé la gana, pero pruébese antes que ese caballero ha faltado á todas las reglas. Aunque esto será difícil, porque lo que ha cantado no tiene piés ni cabeza. Dejo á un lado las faltas de ritmo y metro que abundan. ¿ Quién puede llamar seriamente á esto cantar ? En esto soy intransigente ; no creo que exista melodía posible con una letra estúpida.

VARIOS MAESTROS.—No se comprende nada, ni se le ve fin al canto.

BECKMESSER.—¡ Y qué extraños giros, qué énfasis, qué modo de chillar !

KOTHNER.—Verdad, no he entendido una palabra.

BECKMESSER.—Ni cadencias, ni armonías, ni vestigio de melodía siquiera.

VARIOS MAESTROS (*en tropel*).—¿ Quién puede llamar á esto canto ? Materialmente abruma, rasga el oído.

KOTHNER.—¡ Si hasta botaba en la silla !

BECKMESSER.—¿ Contaremos primero las faltas ó daremos desde luego por nulo el acto ?...

SACHS (*que ha escuchado á Walther con creciente atención*).—Maestros, no hay que andar tan aprisa ; no todos son de vuestro parecer. El canto y los versos me parecen más nuevos que confusos, y aunque no siguen vuestro sistema, la melodía se desarrolla inspirada y

sin incorrecciones. Queréis juzgar, según las reglas, sin advertir que lo que no fué compuesto con ellas no puede ser juzgado por nosotros.

BECKMESSER.—¡Bravo! ¡bravo! mucho escucháis á los ramplones. Sachs, así favorecéis su entrada sin duda para que introduzcan en nosotros el desorden. Que canten si quieren en las calles y plazas, que aquí sólo se admite al que se atiene á los preceptos del arte.

SACHS.—Pero, señores, ¿á qué viene ese alboroto? ¿por qué tan poca calma?... muy distinto sería el fallo si escucharais más atentos. Por esto insisto en que el hidalgo debe ser escuchado.

BECKMESSER.—¿De modo que todo el gremio, toda la escuela nada puede contra Sachs?

SACHS.—Dios no permita que se cumpla mi deseo, si atento á los preceptos del arte. Pero siempre fué ley que el juez debía estar exento de pasión, y como ahora él es también pretendiente de la muchacha, es imposible que resista al placer de humillar ante el gremio á su rival sentado en la silla. (*Walther se anima*).

NACHTIGALL.—Esto es demasiado.

KOTHNER.—Personalidades, ¿cómo se entiende?

POGNER (*á los maestros*).—Evitemos las discordias y las riñas.

BECKMESSER.—¿Y qué tiene que ver el maestro Sachs con lo que privadamente me atañe?... mejor sería que cuidase de que los zapatos no me lastimaran. Como ahora se ha metido á gran poeta, la zapatería anda por los suelos; sino, mirad qué mala forma tienen. Quédese en casa con todos sus versos y rimas, chanzas é historietas, y tráigame, en cambio, un par de zapatos nuevos.

SACHS.—Muy atinada me parece la observación.

(*Walther muy agitado vuelve á sentarse.*)

MAESTROS.—Basta, basta.

SACHS Á WALTHER.—Siga V. cantando para aburrir á ese señor Juez.

BECKMESSER (*mientras Walther empieza, trae la pizarra y la presenta á los maestros para que la examinen formando corro á su alrededor*).—Pero, señores, ¿por qué empeñarnos en seguir oyendo?... Bien marcada está cada falta. Mala construcción, palabras sin sentido, sílabas mal puestas, descuidos, rima imperfecta, mal cortado el verso; aquí hay un canto intercalado cuyo sentido no se comprende; aquí una pausa larguísima; en fin..., un desorden completo. Contad conmigo lo apuntado, he llegado á perder la cuenta; tantas faltas como ese no las hizo nadie; más de cincuenta van, ¿y después de esto le elegiréis?

MAESTROS (*todos á un tiempo*).—Realmente, así es; mal se ha portado ese caballero. Sea cual fuere la opinión de Sachs, aquí no puede cantar. Cada cual tiene el derecho de votar á quien le parezca, pero si el primero que se presenta ha de ser recibido, ¿á dónde va á parar el respeto que nuestro título merece? ¡Cómo se fatiga el autor! Sachs le dió su voto y realmente vale la pena que se canse por él, ¡á votar! ¡á votar!

POGNER.—(Realmente mi buen hidalgo no sale muy airoso de la prueba, y lo siento. Siento tener que votar contra él: con gusto le hubiera elegido y aceptado por yerno. Ahora si se presenta otro aspirante, vaya V. á saber lo que le parecerá á la niña. Lo que me preocupa es ver á quién elige).

WALTHER (*con desdén y arrebatado por la inspiración se levanta y se encara con los maestros que le miran inquietos y agitados*).—Del oscuro zarzal se precipita el buho y sus chillidos despiertan el ronco graznar de los cuervos; bandadas de aves nocturnas revolotean en confuso torbellino y entre ellas se alza con alas de oro un ave maravillosa. Brilla deslumbrador su plumaje, cruza el espacio, y me invita á que la siga. Movido mi

corazón con ansias inefables, alza su raudo vuelo á través de los aires, hacia la colina paterna, hacia la verde pradera de los pájaros. Allí cantaré en honor de la mujer querida: ¡qué me importa que no le guste al cuervo el inspirado canto del trovador! adiós, maestros... pedantes...

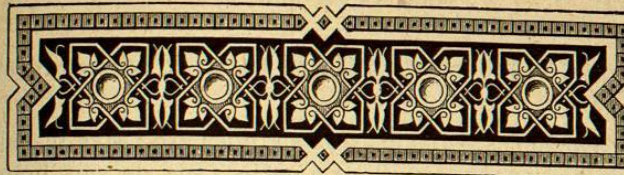
*(Retira la silla con desdén y orgullo y se dispone á salir.)*

SACHS *(escuchando el canto de Walther)*. ¡Qué fuego! qué inspiración! oídle, maestros! Sachs os lo ruega. Señor juez, ¡un poco de calma! dejad que oigan los demás... en vano, es inútil,... nadie se entiende, nadie quiere escucharle, y sin embargo, él continúa. Mucho valor es: ¡tiene un gran corazón! es un verdadero artista!

APRENDICES *(que ya se habian levantado de los bancos, se ponen á bailar al rededor de la tarima cantando)*.— ¡Viva! viva! él se lleva el premio!

BECKMESSER.— ¡Á votar! maestros, ¡á votar!  
*(La mayoría levanta la mano.)*

MAESTROS.—Muy mal, muy mal, ha perdido.  
*(Se van manifestándose disgustados.— Gran confusión. Los aprendices invaden los bancos y la tribuna del juez. Sachs que se queda solo en el proscenio, mira pensativo en torno suyo y con gesto de cómica impaciencia vuelve la espalda. Cae el telón.)*



## ACTO II

El escenario representa una calle cortada en el fondo por un tortuoso callejón, con dos casas en las esquinas. La de la derecha, de mejor aspecto, es la de Juan Pogner; la de la izquierda, de menos apariencia, es la de Juan Sachs. Conduce á la de Pogner una escalera y tiene una puerta abovedada, con bancos de piedra. Junto á la misma habrá un tilo de tronco muy grueso y rodeado de maleza. Delante de él, otro banco de piedra.—La entrada de la casa de Sachs, mira también al espectador. La puerta de la tienda conduce directamente al taller. Habrá dos ventanas que den á la calle; la una es del taller; la otra de las habitaciones interiores. Habrá un saúco, cuyos ramos cuelgan hacia la tienda. Todas las casas y ventanas son practicables. La acción se supone en una tarde de verano. Al levantarse el telón, la escena estará alumbrada. Va anocheciendo lentamente.—Sale David cerrando los postigos. Algunos aprendices hacen lo mismo, desde otras ventanas.

APRENDICES *(trabajando)*.— ¡Día de san Juan! Día de san Juan! día de flores y regocijos!

DAVID.— ¡Ah! si pronto alcanzase la guirnalda!

MAGDALENA *(saliendo de la casa de Pogner con una cesta bajo el brazo y acercándose á David sin ser vista)*.—

¡Pst! pst! David!

DAVID *(volviéndose)*.— ¡Otra vez me llamáis!... *(A los*